

## REVISTA LITERARIA

## DEL AVISADOR CORDOBÉS.

PERIÓDICO SEMANAL.

Grátis para los señores suscritores al Avisador.

## El Arpa de Berta.

(CONCLUSION.)

A poco riempo murió la niña, y Berta tambien murió de pena pocos meses despues.

Cuando conoció que se acercaba su hora postrema, llamó á Rodulfo y le dijo: «Inutiles son mis oraciones para no separarme de esta vida, fuerza es que yo marche á reunirme con nuestra hija, que te abandone, y te deje aqui con la esperanza de otra vida mejor. Si es dado á los que mueren volverse á aparecer sobre la tierra, tu me volverás á ver: mi sombra vagará errante en derredor de mi querido Rodulfo; porque donde el habita está mi cielo. Cuando llegue el dia en que podamos reunirnos, yo vendré á buscarte, y unidas nuestras almas se elevarán para no volver á bajar sobre una tierra, á la cual ningun lazo las sujetará. Todos los años en el dia de mi nacimiento, feliz ó desgraciado, abandonado ó querido, triste ó contento, á la hora en que el sol se pone, á la hora en que las oraciones suben al cielo con los sonidos de la campana de la tarde y el perfume que exhalan las flores antes de cerrar su cáliz, te pondrás á tocar la sonata que por tanto tiempo ha calmado para nosotros los dolores de la ausencia, y en esta tan larga ausencia ese será tu único consuelo. Mas armoniosa será á mi alma esta música que los conciertos de los Serafines.»

Diciendo así, se abrazó á él y quedó muerta.

Rodulfo perdió el juicio de resultas, y para sanarle le obligaron á viajar por algun tiempo. Cuando estuvo de vuelta, su cabeza estaba mas serena, pero una opaca melancolía se apoderó de él enteramente. Encerróse en su casa, sin querer recibir á nadie, ni salir de ella, ni ir á parte alguna. Habia dejado la alcoba de Berta tal como se hallaba en el momento en que espiró: la cama deshecha, el arpa en un rincon.

Llegó el dia del nacimiento de Berta, Rodulfo se vistió y compuso, cosa que no habia hecho hasta entonces. Derramó flores por toda la estancia, y cuando empezó á anochecer se encerró en ella y empezó á tocar en la flauta la sonata que tantas veces habian ejecutado juntos los dos esposos.

Al dia siguiente se le halló tendido en el suelo sin conocimiento. Volvió en su sentido, pero no en su juicio, y fué preciso que viajase otra vez. Al cabo de un año volvió á su casa triste y silencioso, pero el cerebro en buen estado al parecer.

Llegó otro dia del nacimiento de Berta y volvió Rodulfo á llenar de flores su cuarto; se encerró en él, adornado como en el dia de su boda, y empezó á tocar la flauta siempre la misma sonata.

Al siguiente dia le hallaron tambien tendido en tierra. Pero cuando se le quiso levantar juró que se quitaria la vida si le separaban de la casa donde habia muerto su muger: á lo cual accedieron, tanto mas cuanto que no daba indicios de que este nuevo accidente hubiese trastornado su razon.

Hé aquí lo que le habia sucedido.

En el primer aniversario cuando empezó á tocar, habian empezado á vibrar las cuerdas del arpa, acompañando ellas por si solas; y si callaba él, callaba tambien el arpa.

Al segundo aniversario, creyendo que habia sido víctima de una ilusion, volvió á lo mismo, y el arpa empezó á tocar tambien su parte: cesó él, y cesaron los sonidos del arpa; puso la mano sobre las cuerdas, y sintió en la mano las últimas vibraciones de las cuerdas.

A la segunda vez habia caido aterrado, y habia pasado la noche rendido á un violento parasismo.

Pero al fin acabó por acostumbrarse á aquella violenta emocion, y á no ver en ella sino una especie de amargo deleite.

Así pasaba todas las tardes y la mayor parte de las noches. Ibansele hundiendo las mejillas, y los ojos solamente le parecian vivos entre el fondo de su órbi-



ta y brillantes con un resplandor sobrenatural. Solo para sentir y sufrir tenía vida.

Esto inquietó mucho á cierto amigo que la casualidad ó cierto capricho de constancia le habia conservado, y quiso averiguar qué era lo que hacia Rodolfo metido en aquel cuarto. El dijo que tocaba la flauta y que la sombra de Berta le acompañaba con el arpa; que la muerte no era realmente otra cosa que el principio de una nueva vida; que á medida que se sentia morir se sentia vivir mas unido con la muger que tanto habia amado; que durante aquella misteriosa armonía que oia todas las tardes, le parecia que estaba viendo á Berta junto al arpa; que se tenía por feliz y nada deseaba, ni otra cosa pedia al cielo ni á los hombres.

Vino el tercer aniversario del nacimiento de Berta. Rodolfo esparció tambien flores en la estancia, y aun él mismo se habia adornado con un ramillete. Sobre el lecho de la difunta habia echado rosas deshojadas.

Despues de ponerse el sol tomó la flauta y empezó á tocar la sonata de Berta.

Su amigo se habia ocultado detras de unas cortinas, y sintió erizarse el cabello al oír que los sonidos del arpa se mezclaban con los de la flauta. Rodolfo de rodillas empezó á hacer oracion.

El arpa entonces siguió tocando sola, se veian vibrar las cuerdas sin que ninguna mano las tocase. De este modo tocó una música celeste que nadie habia oido nunca, y que nunca volverá nadie á oír. Despues volvió á empezar la sonata de Berta: y en acabándola, saltaron de repente todas las cuerdas del arpa, y Rodolfo cayó en tierra.

El amigo quedó por algun tiempo tan inmóvil como su amigo; se acercó despues para levantarlo, pero Rodolfo habia muerto.

## UN A DIOS Á M...



Niña de los negros ojos,  
hermosa del alma mia,  
dá tregua á tantos enojos,  
y recibe en mi agonía  
el corazon por despojos.

Por dar rémora á mis daños  
yo te oculté mi inquietud,  
y entre crueles desengaños  
vi resbalarse los años  
de mi tierna juventud.

Con vanos delirios ciego  
pasé un dia y otro dia,  
mi frente se consumía,  
y tu ignorabas el fuego  
que en mi corazon ardía.

Hoy que de mi mal en pos  
vuelo, en triste desagravio  
del silencio de los dos,  
lo que te ocultó mi labio

dígalo, hermosa, un A Dios.

Pasé una vida afañosa,  
con toda el alma sujeto  
á una ilusion engañosa...  
¡ay! tu no sabes, hermosa,  
lo que es amar en secreto!

¿Mas qué placer seductor  
puedo hallar en mi demencia,  
cuando han de ser en rigor  
los dolores de la ausencia  
los encantos de mi amor?

Si con mi enemiga suerte  
tras de una ilusion querida  
corro, alma mia, á perderte,  
no voy buscando la vida,  
que voy buscando la muerte.

Yo entreví de amor la palma,  
y con delirios horribles  
perdí en silencio la calma...  
¡tu no sabes cuan terribles  
son las heridas del alma!

En un páramo de horror,  
víctima de la inclemencia,  
en vano busco una flor,  
que no alhagará mi ausencia  
ni un recuerdo de tu amor.

A Dios, A Dios... mis dolores,  
acuérdate que al partir  
te dijera mis amores  
ante los negros horrores  
de un terrible porvenir.

A Dios, hermosa... y en tanto  
que voy de mi muerte en pos,  
si supe collarte tanto,  
ya que desprecies mi llanto  
recibe mi último A Dios.

*P. Garcia.*

## El Ermitaño.



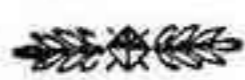
Dos semanas se habian pasado desde mi llegada á Córdoba, y á pesar de que asuntos de grande interés me llamaban á la Corte, siempre encontraba mi amigo Lopez pretextos para detenerme. Despues de haber recorrido juntos cuantas curiosidades encierra aquella antigua ciudad, habiamos dedicado muchas horas á examinar detenidamente la soberbia mezquita, primer objeto de las visitas de todo forastero. En medio de aquella multitud innumerable de columnas descalzas, bañadas con desigualdad por los rayos de la luz que penetran por las claraboyas al través de dobles órdenes de arcos, se eleva el magnífico crucero, verdadero anacronismo arquitectónico, formando singular contraste con el resto del



edificio. Lopez me habia hecho ya notar todas las bellezas de su estructura, lastimándose (y acaso no sin razon) de que se hubiera intercalado aquel trozo de arquitectura moderna sin gran necesidad, en vez de haber conservado íntegra la antigua mezquita. La magnífica sillería del coro y sus bajos relieves habian sido ya objeto de nuestras observaciones, ni tampoco echamos en olvido el ver las muchas alhajas de oro y plata destinadas al culto, entre las que sobresale la soberbia custodia de este último metal, superior acaso á cuanto en su género encierran los muchos templos de España.

—Amigo mio, decia yo á Lopez una noche hermosísima que nos paseábamos embarcados por la mansa corriente del Guadalquivir; quince dias hace que estoy en Córdoba y me han parecido un soplo. Conozco que no voy á dejar sino con disgusto este hermoso pais que tu compañía me ha hecho mucho mas apreciable; pero mis negocios me obligan, como ya sabes, á regresar á Madrid, y es forzoso emprender mi viaje.—Pero bien, me contestó mi amigo, una vez que esa resolucion es tan firme, haremos mañana nuestra última expedicion; subiremos juntos á *las ermitas*. Al rayar el dia iré á buscarte á tu casa, y espero que la visita que vamos á hacer no te desagrade—Iba á anticiparse mi natural curiosidad preguntando á Lopez qué cosa eran aquellas ermitas, pero un barco que pasaba junto al nuestro, en que unos jóvenes iban cantando canciones andaluzas, acompañándose con dos guitarras y una flauta, llamó mi atencion y me hizo olvidar la pregunta. Separámonos sin volver á hablar del paseo convenido, pero al despuntar la aurora un criado de mi amigo, que me traia un caballo ensillado, vino á despertarme y recordarme la cita: á pocos minutos llegó su amo, y juntos salimos por la puerta de Gallegos, dirigiéndonos á la falda de la sierra, camino de la *Arrizafa*. El dia era de lo mas hermoso que la primavera ofrece en aquel pais privilegiado de la naturaleza: el que no haya visto á Andalucía, el que no haya gozado de aquel apacible clima, ni respirado el ambiente suave embalsamado por el azahar de que estan cubiertos los naranjos, y por las muchas rosas y otras flores de los cármenes de Granada, ó de las huertas de la sierra de Córdoba, podria tener por exagerada la pintura que yo hiciese. Caminábamos siempre cuesta arriba, y cada vez íbamos descubriendo mas la llanura que el rio baña y fertiliza, acusando de incuria é ingratitude la indolencia de aquellos naturales que tan poco partido sacan de su hermoso suelo.

## ORIENTAL.



«Quédate con Dios, sultana,  
que mañana  
me separaré de aqui,  
Y resbalarán mis años  
desengaños  
llorando ausente de tí.  
Libre ya de mis cadenas

mas serenas  
deben mis horas pasar,  
Mas quedo esclavo de hinojos  
en tus ojos  
que nunca podré olvidar.  
Tu despreciaste altaera  
la palmera  
de la orilla del Genil,  
Y mi orgulloso palacio  
de topacio  
que se clava en un pensil.  
Y despreciaste mis glorias,  
mil victorias,  
y despreciaste mi amor,  
Y no quieres ser señora,  
seductora,  
donde yo soy el señor.  
Cede por fin musulmana,  
que mañana  
al primer rayo del sol  
Ya pisaremos dichosos  
dos esposos  
el rico suelo Español.  
Allí nadando en aromas  
cien palomas  
arrullarán sin cesar  
Tu lecho de terciopelo  
con su vuelo  
cándidamente al pasar.  
Tendrás en una alameda  
de oro y seda  
y un palacio para ti,  
Y te humillarán su frente  
reverente  
los que la humillan á mi.  
Ven conmigo, musulmana,  
que mañana  
en un fogoso alazan,  
Ya pisaremos la orilla  
de Castilla,  
y á recibirnos saldrán.  
Ven, cumpliré mi promesa,  
y Duquesa  
allá en Castilla serás,  
Y un pueblo entero postrado  
mal su grado  
con tu voz sujetarás.»  
Atenta escuchó la mora  
cual la adora  
el castellano galan,  
Y estrechándole orgullosa  
«soy tu esposa»  
le dijo en su tierno afan.  
«Contigo, Duque, me voy,  
que si soy  
la sultana del Harem,  
La media luna me pesa,  
y Duquesa  
quiero ser, Duque, tambien»  
Y embriagados los amantes  
delirantes  
uno á otro se abrazó,  
Y subieron á un caballo



que cual rayo  
al punto desapareció.  
Solo se escuchaba el eco  
sordo y hueco  
sus pisadas prolongar,  
Y las voces de «alma mía,  
«mi alegría»  
por los ámbitos vagar.

L. GARCIA A. DE L.

## REVISTA TEATRAL



Pocas novedades teatrales han tenido lugar en la presente semana.

*La rueda de la fortuna*, esa gran comedia de costumbres diplomáticas, que ha alcanzado la gloria de su nombre al Sr. Rubí, se puso en escena el Domingo anterior. Nada diremos de su hermosa versificación, de sus diálogos, ni de sus intrigas palaciegas eminentemente cómicas; bastante conocido es del público el mérito de esta comedia, que figura entre las primeras del siglo, para que empleemos mas líneas en una inútil apología. La ejecución, aunque desigual, no fué de las peores. El deseo de agradar que se nota en todos los actores es altamente recomendable, y tan digno de nuestra indulgencia, como de la tolerancia del público. Mas de una vez detiene nuestra pluma esta consideración. No quisiéramos concluir sin citar con elogio al Sr. Pacheco, encargado del papel de Mauricio, y que mas de una vez alcanzó con justicia repetidos aplausos; siempre es oído del público con gusto el Sr. Pacheco.

*El negociante de Normandía* desagradó generalmente, su acción aunque bien concluida marcha lánguida y sin interés, no deja tras de si mas recuerdo que el de haber perdido inútilmente dos horas en el teatro. La ejecución fué mala, aunque el Sr. Benot desempeñó bien algunas escenas y estuvo aun mejor que en otras ocasiones. El Sr. Albarán ya creemos que debe haber conocido que ni sus maneras, ni su voz son del agrado de los espectadores: le aconsejamos que se corrija lo posible, absteniéndose en el entretanto de ejecutar papeles principales, como el de esta noche, con lo que ganará tanto él como la empresa y el público.

*La posada de la Madona* se puso en escena el Jueves. *La posada de la Madona* es una de esas inmundas traducciones que infestan nuestra escena con mengua de la literatura nacional. Hay en ella incendios, asesinatos, espionajes, despropósitos, pronunciamientos, prólogo, silvidos para el autor, &c. Se concluyó para coronar la fiesta con el amante jorobado, todo lo cual contribuyó eficazmente para que saliese el público fastidiado esta noche del teatro.

El viernes se ejecutó por segunda vez las travesuras de Juana, de la que ya hicimos el juicio crítico en otra ocasión: solo añadiremos que los actores se esmeraron aun mas en esta noche, para el mayor lucimiento de esta lindísima producción.

R. GARCIA.

## ANÉCDOTAS.



### La especulación involuntaria.

El conde de Flamarens, que despues de una honrosa carrera militar se habia retirado á su provincia, y sostenia en ella la dignidad de su nombre con una vida arreglada al producto de su corta hacienda, se vió en la precision de marchar á Paris, á causa de un litigio importante, y emprendió su viage á jornadas cortas en caballos propios. Pasando por el bosque de Fontainebleau vió que muchas personas á caballo tomaban un camino de travesia llevando todas la misma direccion, y la curiosidad le movió á seguir detrás de ellas. Despues de haber caminado algun tiempo llegó al sitio llamado *le Yort de la Biche*, donde encontró muchos hombres no muy bien vestidos, que habiendo atado á los árboles los caballos se habian sentado por el suelo. Desde luego le ocurrió la idea que se hallaba entre una gavilla de ladrones, pero creyendo imposible escapar, imaginó que lo mejor era aparentar desembarazo y hacer lo que los demas, como si fuese de la compañía. Echó pie á tierra y ató el caballo á un árbol, pero su inquietud se aumentó bien pronto cuando advirtió que fijando en él todos la atención se formaban en corrillos y altercaban en voz baja. Finalmente uno de aquellos hombres se separó de los demas y se acercó al Conde, preguntándole todo turbado, con qué objeto habia venido á aquel paraje. El conde, persistiendo en su primera idea, le responde con decision y sin satisfacerles.—Retírase el diputado, vuelven las disputas con mayor calor, y por último, vuelven á hablar con Flamarens, ofreciéndole doscientos luises si quiere retirarse. Sorprendido de tan imprevista proposición, empieza á formar mejor idea de su aventura, sin comprenderla, y contesta así á bulto que no es bastante cantidad. El de la propuesta va, vuelve, insiste, hasta que al fin se le ofrecen quinientos luises, admite, y allí mismo se le entregan. Sin entender una palabra de tan extraordinario suceso, guarda su oro, monta á caballo y parte, recibiendo de aquellos desconocidos mil cortes atenciones. Llegando á Molon, adquiere luces sobre el particular y sabe que los licitadores de aquella floresta, que iba á subastarse, teniéndole por un concurrente peligroso habian querido separarle á toda costa.

—Una señorita se quejaba porque se aproximaba á los treinta años á pesar que tuviese algunos mas. Consolaos, señorita, le dijo un caballero, os alejais todos los dias de ellos.

—No dejes nada para *mañana*; es el destructor de todos los proyectos buenos, *mañana* va siempre delante, nunca llega, porque cuando llega es *hoy*. *Mañana* engaña y tranquiliza la conciencia del perezoso. En fin, yo te suplico por confianza y amistad de tomar con horror el dia de *mañana*.

Córdoba: Establecimiento tipográfico de Garcia y Mantó, calle de la Librería, núm. 2.